

## CAPITULO III.

## SEGUNDA HEGUEMONÍA DE ESPARTA.

## § I.—Régimen interior de la aristocracia.—Lisandro.

El poeta cómico *Teopompo* compara á los Lacedemonios con los taberneros; después de haber hecho gustar á los Griegos la dulce bebida de la libertad les sirvieron en seguida vinagre. *Plutarco* apoya con viveza al poeta; el primer ensayo, dice, que Esparta hizo de su gobierno, no fué más que insipidez y amargura. Había prometido la libertad á los Griegos, pero no tardó en probar con su conducta que el nombre de libertad no era más que un pretexto para armar á los Griegos contra Atenas, y que su fin era la dominación (1). Convertidos en dueños de la Grecia, los Espartanos abusaron de su poder para reemplazar los gobiernos democráticos por la oligarquía. Un célebre filósofo dice que estas revoluciones provocadas por los Lacedemonios son uno de sus grandes crímenes (2). En lugar de restablecer la paz en las ciudades, las facciones oligárquicas, á las que los vencedores prestaron su apoyo, se entregaron á sangrientas reacciones que hicieron imposible toda concordia. Sigamos á los restauradores de la libertad griega en el interior de las ciudades; veremos reinar por todas partes el terror, las proscripciones y la muerte.

(1) PLUTARCH., *Lysandre*, 13.—NIÉBUHR, *Vorträge über alte Geschichte*, t. II, pág. 213-215.

(2) HEGEL lo llama una traición (*Philosophie der Geschichte*, p. 324).

Atenas elevó su imperio sobre la ruina de los Bárbaros. La segunda hegemonía de Esparta fué manchada en su principio por la sangre de los Griegos; el que la fundó era el ideal de la oligarquía rencorosa que ensangrentó todas las ciudades de la Grecia. ¿Qué era aquel Lisandro á quien las aristocracias reconocidas erigieron altares y ofrecieron sacrificios como á un Dios? (1). No admitía más que un derecho, la fuerza; no tenía más que un fin, lo útil (2). General sin fe, hacía de la astucia y de la doblez los instrumentos favoritos de sus empresas militares. Un historiador refiere de él un dicho que caracteriza su política: «Es preciso, decía, engañar á los niños con juguetes y á los hombres con juramentos.» Palabra impía, añade su noble biógrafo, é indigna de un espartano; el que engaña por medio de un perjurio declara que teme á su enemigo y que desprecia la divinidad (3). Su conducta en Mileto fué digna de estos principios. Los aristócratas se habían reconciliado con el pueblo; Lisandro fingió en público una viva alegría por esta concordia, pero en el terreno privado trató á sus amigos, los oligarcas, de cobardes y los excitó á sublevarse contra sus adversarios. Habiendo estallado la sedición, tomó al parecer el partido del pueblo, á fin de atraer á la ciudad sus jefes más notables, y juró no hacerles mal ninguno. Apenas se presentaron bajo su palabra, los entregó á la facción oligárquica; todos fueron degollados; no bajaron de ochocientas las víctimas (4). En Thasos se ocultaban muchos partidarios de los Atenienses; Lisandro pronunció en el templo de Hércules uno de los discursos más humanos, manifestando que era preciso tener indulgencia en las disensiones civiles. Los vencidos dieron crédito á las promesas que les hacía un Heráclida en la ciudad de Hércules, y pagaron su credulidad con la vida. Del mismo modo obró en todas las ciuda-

(1) PLUTARCH., *Lysand.*, 18.

(2) Los Argivos disputaban con los Espartanos acerca de los límites de sus respectivos territorios, y se lisonjaban de dar mejores razones que sus adversarios. «El que tiene la espada en las manos, dijo Lisandro mostrando la suya, es el que mejor de todos razona sobre los límites de sus territorios» (PLUTARCH., *Lysand.*, 22).

(3) PLUTARCH., *Lysand.*, 7, 8.—IB., *Apophteg. lacon.* *Lysand.*, 3, 4.

(4) IBID., *Lysand.*, 8, 19.—DIODOR., XIII, 104.—POLYEN (I, 45, 1) ve una ex-  
tratagema en este perjurio.

des en que existía el gobierno democrático. Se complacia el implacable aristócrata muchas veces en asistir al suplicio de los proscritos (1).

Lisandro reemplazó los gobiernos democráticos por oligarquías que él mismo había tenido el cuidado de formar (2). Veamos cómo proceden estos afiliados de Esparta en la ciudad de Minerva. Aténas estaba vencida, pero para unirla á Esparta era preciso imponer á la ciudad democrática por excelencia un régimen oligárquico. Treinta hombres, á quienes la historia ha señalado con el nombre de tiranos, fueron encargados de esta misión. Empezaron por desarmar la población, después alejaron á los sospechosos de la ciudad (3), finalmente se rodearon de satélites extranjeros, mandados por un *harmoste* espartano. Creyéndose ya entonces bastante poderosos para dominar todas las resistencias, se entregaron sin freno á sus pasiones. Les faltaba oro para pagar á los agentes lacedemonios; decidieron que cada uno de ellos se apoderaría de un meteco y harían morir á los prisioneros y confiscarían sus bienes (4). En vano uno de los Treinta aconsejó la moderación á aquella apasionada oligarquía. Terámenes sucumbió. Después de su muerte, los tiranos hicieron perecer á los ciudadanos más ricos para repartirse sus despojos (5). Desdeñáronse de cubrir sus asesinatos con formas jurídicas; persuadidos de que la fuerza triunfaba sobre la cólera divina, insultaron á los dioses mismos, prohibiendo el conceder á los muertos los honores de la sepultura (6). La guerra del Peloponeso había ofrecido el espectáculo de las más horribles atrocidades; el gobierno de los treinta tiranos la sobrepujo (7). Más de mil ciudadanos (8) perecieron víctimas de su odio ó de su avaricia; la mayor parte buscó su salvación en la fuga. Los Lacedemonios los persiguieron hasta en el asilo de la hospitalidad;

(1) POLYAEN., I, 45, 1.—PLUTARCH., *Lysand.*, 13.

(2) PLUTARCH., *Lysand.*, 5.

(3) XENOPH., *Hell.*, II, 3, 20; II, 4, 1.

(4) IBID., *Hell.*, II, 3, 21.—DIODOR., XIV, 5.—LYSIAS, c. *Erat.*, §§ 6, 7.

(5) IBID., *Hell.*, II, 4, 1.—DIODOR., XIV, 5.

(6) LYSIAS, c. *Erat.*, § 96.

(7) IBID., c. *Erat.*, § 1.—ISOCRAT., *Panath.*, § 96.

(8) Varían los autores en la indicación del número de víctimas entre 1.300 y 1.500 (HERMANN., *Griech. Staatsalt.*, § 168, núm. 11).

decretaron que los emigrados serían detenidos en toda la Grecia y entregados á los Treinta, que los que se opusieran á la ejecución de este decreto serían castigados con una multa de cinco talentos (1). La mayor parte de las ciudades, temiendo el poder de Esparta, obedecieron; para honor de la Grecia, hubo dos ciudades que se atrevieron á arrostrar su cólera, Argos y Tébas (2). El gobierno de los Treinta da una idea de los excesos á que se entregaron los oligarcas establecidos por los Espartanos en todas las ciudades. Los tiranos de Aténas no eran hombres excepcionales; se parecían á todos los aristócratas á quienes Lisandro abandonó la Grecia como una presa. Tampoco sus crímenes eran extraordinarios; Critias decía: «que no había que admirarse si parecían muchos ciudadanos, pues que cosa análoga sucedía en todas las revoluciones» (3). Es imposible el contar, añade *Plutarco*, el número de los hombres del pueblo que Lisandro hizo matar en todas las ciudades. Parecía un genio exterminador. Los Lacedemonios mismos se asustaron; uno de ellos declaró que la Grecia no podría soportar dos Lisandros (4). Sin embargo, este hombre era el verdadero representante del genio espartano, duro, ambicioso, é incapaz de gobernar los pueblos extranjeros. Cuando ya no hubo enemigos que matar ó que expulsar cesaron las reacciones sangrientas provocadas por los amigos de Lisandro, lo cual no evitó que el gobierno de Esparta siguiese siendo odioso. El nombre de los *harmostes* (5) es casi tan famoso como el de los *procónsules*; pero había entre los Romanos y los Lacedemonios la inmensa diferencia de que los primeros administraban sus conquistas con sabiduría y generalmente en interés de los vencidos, mientras que los Espartanos no conocían más que una dominación brutal. Querían gobernar á los Griegos del mismo modo que trataban á sus sier-

(1) DIODOR., XIV, 6.

(2) Los Argivos, aunque vecinos de Esparta, decretaron que los diputados lacedemonios enviados para reclamar los refugiados serían considerados como enemigos si no se retiraban antes de la puesta del sol (DEMOSTH., *pro Rhodior. Libert.*, § 22, p. 197). Véase más adelante el glorioso decreto de los Tebanos.

) XENOPH., *Hell.*, II, 3, 32.

4) PLUTARCH., *Lysand.*, 19.

(5) XENOPH., *Hell.*, VI, 3, 8.

vos, por la fuerza. El palo era el instrumento favorito de mando de los generales lacedemonios (1). Se ha atribuido, y no sin razón, esta conducta á la tan decantada educacion de Licurgo. La obediencia pasiva á los señores y á los magistrados era su móvil; no se desarrollaba en la juventud ninguno de los dulces sentimientos de la humanidad. Semejante institucion no podia formar más que dominadores duros é implacables (2).

Con este espíritu es como Esparta gobernó á los Griegos, despues de haberlos llamado á la libertad contra la opresion de Atenas. Los aliados se habían quejado de los tributos, del servicio militar y de la usurpacion de la justicia en provecho del pueblo dominante. ¿Cómo atendieron los Espartanos á estas quejas? Los tributos fueron mantenidos y aumentados (3), porque Esparta, convertida en potencia marítima, no podia equipar sus flotas más que con los subsidios de sus aliados (4). Despues de la victoria, no estuvo jamas sin guerra; bastando apénas el pequeño número de sus ciudadanos para dar jefes á los ejércitos, los aliados tenían que suministrar los soldados; el servicio se exigia con rigor, y el castigo caia inmediatamente sobre el que se negaba (5). Esparta no se arrogó el derecho de fallar los pleitos de los aliados, pero su justicia política fué más odiosa que la justicia privada de Atenas. Un general lacedemonio se apoderó en plena paz de Tebas, desgarrada, como todas las ciudades, por dos facciones. Ismenias, jefe del partido popular, hecho prisionero, fué conducido ante un tribunal compuesto de tres jueces espartanos y de un juez de cada ciudad aliada. Se acusó al jefe tebano «de haber favorecido á los Bárbaros, de haber contraído lazos de hospitalidad con el Gran Rey, de haber

(1) XENOPH., *Hell.*, VI, 2, 19.—PLUTARCH., *Lysand.*, 15.—Euribiades levantó el palo sobre Temístocles; conocida es la respuesta del grande hombre (PLUT., *Themist.*, 11). Un general lacedemonio amenazó con el baston á Doriaeus, el célebre Rodio, vencedor en todos los grandes juegos, y que supo inspirar tal respeto á sus enemigos, que los Atenienses le otorgaron la libertad despues de haberle hecho prisionero, cosa inaudita en medio de los horrores de la guerra del Peloponeso (THUCYD., VIII, 84.—XENOPH., *Hell.*, I, 5, 19).

(2) ROLLIN, *Historia antigua*, t. II, p. 624 (ed. in-4.<sup>o</sup>).

(3) DIODOR., XIV, 10.—XENOPH., *Hell.*, V, 1, 2.—POLYB., VI, 49, 10.

(4) MANSO, *Sparta*, III, 20 y sig., 209.

(5) XENOPH., *Hell.*, VI, 3, 7, 8.—C. PLUTARCH., *Agesil.*, 26.

recibido oro de los persas y de ser uno de los autores de las turbulencias que agitaban á la Grecia.» Ismenias fué condenado á muerte (1). Dificil sería reunir más indignidades en un solo asunto. Esparta acababa de vender á los Griegos de Asia al rey de los Persas, y acusó á Ismenias de inteligencia con los Bárbaros! Habia cometido un delito contra el derecho de gentes apoderándose de la Cadmea, y condenó á muerte á las víctimas de su atentado! Este asesinato jurídico nos hace creer que *Isócrates* no exagera al acusar á los Lacedemonios de haber hecho perecer más griegos, sin formacion de causa, que lo habían hecho los Atenienses llevándolos ante los tribunales (2).

¿En qué consistió, en definitiva, la libertad que los Espartanos habían prometido á los Griegos? Esparta los redujo á una dependencia que el orador ateniense compara á la de los ilotas (3). Es verdad que *Isócrates* es un enemigo. Pero habia en Atenas un historiador verdadero entusiasta por los Lacedemonios. Jenofonte no es sospechoso cuando habla mal de los Lacedemonios. Pues bien, confiesa que las ciudades griegas obedecian las órdenes de Esparta como un servidor los mandatos de su amo. Hay más; cada Espartano era en cierto modo un *harmoste* y mandaba á su capricho (4). El poder arbitrario, conferido á individuos sin responsabilidad, llevó á inevitables abusos; conocidos son los crímenes monstruosos de los procónsules de la Convencion. Podemos, pues, creer á *Plutarco* y á *Isócrates* cuando acusan á los Espartanos de haber abusado de su poder para entregarse á la brutalidad de sus pasiones (5). Lo que prueba cuan indignos de la hegemonía se mostraron los Lacedemonios, es la prisa de los aliados en abandonar su partido en cuanto la batalla de Cnido hubo quebrantado su imperio. Los mismos Jonios, que se habían sublevado los primeros contra la dominacion de Atenas, se declararon de nuevo por los

(1) XENOPH., *Hell.*, V, 2, 25.

(2) ISOCRAT., *Panath.*, § 66: τίς ἐστὶν οὕτως ἀφύης, ὅστις οὐχ' εὐπῆσαι πρὸς τοῦτ' ἀντιπεῖν ὅτι πλείους Λακεδαιμόνιοι τῶν Ἑλλήνων ἀκρίτου ἀπεκτόνασι τῶν παρ' ἡμῖν, ἐξ οὗ τὴν πόλιν οἰκοῦμεν, εἰς ἀγῶνα καὶ χρίσιν καταστάντων.—C. ISOCRAT., *Panegy.* § 113.—GROTE, *History of Greece*, t. VI, p. 53 y sig.

(3) IBID., *Panath.*, § 104.

(4) XENOPH., *Hell.*, III, 1, 5; *Anab.*, VI, 6, 12.

(5) ISOC., *Panegy.*, c. 32.—PLUTARCH., *Lysand.*, c. 19.

Atenienses; el yugo de Esparta se les había hecho insoportable á fuerza de orgullo y de insolencia (1).

### § II.—Política exterior de la aristocracia.—Agesilao.

Tal fué el régimen exterior de la hegemonía de Esparta. ¿Cómo usó de su poder en interés general de la Grecia? ¿Cuál fué el principio de su derecho internacional? Desde un principio, el egoísmo y la mala fe fueron los vicios de la política lacedemoníca, y despues de la caída de Atenas se desarrollaron en mayor escala. Esparta tomó parte en las hostilidades contra la Persia, pero no tomó las armas en interés de la Grecia. Ciro, aliado fiel de los Espartanos durante la guerra del Peloponeso, se sublevó contra su hermano; pidió su socorro y lo obtuvo (2). Esparta contaba con el reconocimiento del príncipe si hubiese vencido, y esperaba con la ayuda de su alianza fortalecer su dominación sobre la Grecia. La muerte de Ciro destruyó estos cálculos. Cuando Artajerjes mandó á todas las ciudades jonias reconocer su soberanía, los Griegos invocaron el apoyo de los Lacedemonios (3). El deseo de conservar su supremacía sobre los Griegos del Asia, la necesidad de recurrir á las riquezas de las ciudades marítimas para mantener el imperio de los mares, decidieron á los Espartanos á tomar parte en favor de los Jonios. Sigamos á los dominadores de la Grecia en su expedición contra los Bárbaros.

La guerra no tuvo importancia más que cuando se encargó del mando Agesilao. Agesilao es el representante más elevado del genio lacedemonio; ¡pero cuán por bajo está este tipo de lo que la humanidad exige hoy de un héroe! Daba, segun se dice, la preferencia á la justicia sobre el valor, y la tomaba como regla de lo bello y de lo grande (4); pero desmentía estas bellas máximas con

(1) DIODOR., XV, 28.—C. XENOPH., *Hell.*, IV, 8, 1.

(2) XENOPH., *Hell.*, III, 1, 1.

(3) IBID., *Hell.*, III, 1, 3. DIODOR., XIV, 35.

(4) Los Griegos de Asia llamaban al rey de los Persas el *Gran Rey*. «¿Como ha de ser más *grande* que yo, les dice el general espartano, á ménos de que sea más *usto?*» (PLUTARCH., *apophthegm.*, *Lac. Agesil.*, 23).

sus actos. Los antiguos le atribuyen una frase que hace un singular contraste con su profesión de fe; segun el rey lacedemonio, «las fronteras de Esparta se extendian tan léjos como sus armas» (1). Atribúyense estas mismas palabras á Arquidamo, Lisandro y Antalcidas (2); prueba cierta de que la idea es lacedemonia. La justicia de un espartano no podia ser más que la utilidad de su patria. *Jenofonte* ensalza los sentimientos religiosos de su héroe y su respeto por la fe jurada (3). Desde el punto de vista de la antigüedad, estas virtudes raras en la decadencia de la Grecia, hubiesen sido admirables, si Agesilao las hubiese practicado siempre. Pero, al verle cumplir lo prometido á Tisafernes (4) y faltar á sus promesas á Farnabazes y al rey de Egipto (5), se inclina uno á creer que su justicia y su respeto á los juramentos eran inspirados por las conveniencias y no por un sentimiento moral. *Plutarco* no duda en calificar su conducta para con el rey de Egipto de traición (6), y añade: «Lo que hay de bello á los ojos de los Lacedemonios es el interés de la patria; no reconocen como justo más que lo que sirve para el engrandecimiento de Esparta» (7).

El egoísmo de los Espartanos es el que condujo á la expedición de Agesilao al vergonzoso tratado por el que se vendió á los Bárbaros la independencia de la Grecia. La retirada de los diez mil habia demostrado la debilidad de aquel imperio, cuyo jefe tomaba el título de *Gran Rey*; su grandeza «no consistia más que en oro, en lujo y en mujeres.» La Grecia habia concebido tanta confianza

(1) PLUTARCH., *ib.*, *Agesil.*, 28.

(2) IBID., *ib.*, *Archidam.*, 2; *Lysand.*, 6; *Antalcid.*, 7.

(3) XENOPH., *Ages.*, III, 1; II, 13.—*Hell.*, IV, 3, 20.—*Ages.*, I, 10-13.

(4) Todavía podría decirse con *Bayle* (v.º *Agesil.*, t. I, p. 93, nota 11): «Si preferia que los Persas violasen la tregua á empezar á violarla él mismo, es porque esperaba algun gran provecho de esta conducta de los Persas.»—CORN. NEPOTE dice: «*Quod Tissaphernes perjurio suo et homines suis rebus abalienaret, et deos sibi iratos redderet*» (*Ages.*, c. 2).

(5) MANSO. *Sparta*, t. III, p. 200.—JENOFONTE ha tratado de justificar la conducta de su héroe (*Hell.*, IV, 1, 29-36).

(6) Vendió sus servicios á Tachos; despues, descontento de él, pasó con sus mercenarios al lado de Nectanebis, que se habia sublevado contra su rey; disculpó esta acción vergonzosa con el pretexto de que los Egipcios se habian declarado por Nectanebis, y que era á los Egipcios y no á su rey á quienes él prestaba sus socorros.

(7) PLUTARCH., *Ages.*, 37.

en sus propias fuerzas como desprecio hacia los Bárbaros (1). Si hemos de creer á *Plutarco*, Agesilao obró como señor en los países del rey, saqueando con completa libertad y sin temor; animado por la facilidad con que consiguió estos resultados, resolvió llevar la guerra al centro del imperio, y hacer temblar al rey en Ecabatana y Susa (2). Pero no podía derribarse al coloso persa con un puñado de mercenarios. Las disensiones de la Grecia, el odio inspirado por la dominacion lacedemonia y fomentado por el oro de los Bárbaros, bastaron para detener á Agesilao en su victoriosa carrera (3). *Plutarco* se indigna contra los Helenos que se dejaban corromper por los Bárbaros y volvian sus armas contra sí mismos. Comprendemos el patriotismo del historiador y nos asociamos á su dolor. Los Griegos eran culpables, pero los más culpables de todos eran los Espartanos; la hegemonía les imponía el deber de velar por los intereses generales de la Grecia, y no consultaron más que al provecho particular. ¿Fué Agesilao superior á sus conciudadanos? *Jenofonte* alaba su patriotismo. El rey lacedemonio consideraba como una desgracia el alcanzar una victoria sobre los Helenos. «Si nos destruimos á nosotros mismos, decia, ¿cómo hemos de poder vencer á los Bárbaros?» (4). Segun su panegirista, su pasión dominante era el odio á los Bárbaros (5). Creemos que el amigo de Agesilao, el admirador de las cosas lacedemonias, se forma una ilusión sobre los sentimientos de su héroe; el odio á los Bárbaros y sus cuidados por la Grecia entera estaban subordinados á una pasión más profunda, más egoísta, el amor de la patria, y la patria para Agesilao no era la Grecia, era Esparta. La Grecia va á encontrarse en circunstancias en que el rey espartano hubiera podido manifestar los sentimientos filohelénicos que *Jenofonte* le atribuye, y sin embargo, no dió pruebas más que de un estrecho patriotismo.

Esparta, arrastrada á una guerra con los Persas, como conse-

(1) PLUTARCH., *Artax.*, 20.

(2) IBID., *Agesil.*, 10, 15.—DIODOR., XV, 31.

(3) IBID., *Agesil.*, 15.

(4) XENOPH., *Agesil.*, VII, 4-6.—PLUTARCH., *Regia apophthegm.*, *Agesil.*, 6.—ID., *Lacon. apophthegm.*, *Agesil.*, 45.

(5) IBID., *Agesil.*, VII, 7.

cuencia de sus relaciones con *Ciro*, trató de sostener á la vez su supremacía en Grecia y su dominacion en Asia. Pero apenas la vieron los Griegos comprometida en las hostilidades con el Gran Rey, se coaligaron para sacudir el yugo de una hegemonía que habia llegado á ser odiosa. No era necesario el oro persa para sublevarlos contra los Lacedemonios; bastaban el espíritu de division innato en la raza helénica, la envidia y el odio (1). Esparta, incapaz de luchar contra los Helenos y contra los Bárbaros, no vaciló, separó al Rey de la liga formada contra ella y se procuró su alianza abandonándole definitivamente los Jonios por el tratado de *Antalcidas*. Hasta la fórmula de este acto era injuriosa. No era un convenio libremente consentido por partes contratantes bajo un pié de igualdad; el Gran Rey dictaba en él su voluntad: *encontraba justo* (2) que los Griegos del Asia, las islas de *Clazomenes* y de *Chipre*, entrasen en sus dominios; las demas ciudades griegas debian ser libres (3).

Este fué el resultado de una expedicion en la que Agesilao habia querido rivalizar con *Agamenon* y sobrepujar la gloria de los diez mil (4). Bajo la hegemonía de *Aténas*, la mayor parte de los Griegos del Asia estaban libres del poder de los Bárbaros, si no de derecho, al ménos de hecho; Esparta los llamó á la libertad y los vendió á los Persas, á fin de consolidar su dominacion en Grecia.

Este tratado mereció una reprobacion unánime; desde *Isócrates* hasta *Aristides*, todos los escritores griegos lo han censurado (5). ¿Cuál fué la conducta de Agesilao en estas circunstancias? *Plu-*

(1) Este espíritu de division se manifestó desde el principio de la expedicion. Agesilao habia querido hacer una empresa nacional de la guerra contra los Persas; hizo un llamamiento á la Grecia entera, pero los Griegos no respondieron á su voz. Corinto se excusó por presagios funestos. *Aténas* pretextó su impotencia. *Tébas* negó su concurso; cuando Agesilao, imitando á *Agamenon*, quiso ofrecer un sacrificio á *Diana* antes de hacerse á la vela, los caballeros beocios vinieron á turbar el sacrificio y á arrojar á una parte y á otra las victimas que se inmolvaban (PAUSAN., III, 9, 1-3.—XENOPH., *Hellen.*, III, 4, 3, 4.—PLUTARCH., *Agesil.*, c. 6).

(2) GROTE, *History of Greece*, t. X, p. 3-5.

(3) XENOPH., *Hell.*, V, 1, 31.—DIODOR., XIV, 110.

(4) PLUTARCH., *Agesil.*, 6, 9.

(5) PLUTARCH., *Agesil.*, 23; *Artaxerx.*, 21.—ISOCRAT., *Paneg.*, 47.—POLYB., VI, 49, 5.—ARISTID., *Panath.*, t. I, p. 376.

tarco dice que no tuvo parte alguna en lo deshonesto del tratado, pero aceptó la infamia aprobándolo. Habiéndole manifestado alguno que los Lacedemonios se inclinaban hacia los Persas, Agesilao respondió que eran más bien los Medos los que se inclinaban hacia los Lacedemonios (1); respuesta más arrogante que exacta, á la cual los hechos dieron un triste mentís.

La paz de Antalcidas descubre la política de Esparta; su fin era obtener subsidios del rey de los Persas, y fundar su imperio sobre la debilidad de la Grecia. El tratado contenía la falaz promesa de la libertad para todas las poblaciones griegas. Por todas partes había en Grecia pequeñas ciudades dependientes de repúblicas más poderosas. Esparta quiso disolver estas asociaciones. En la apariencia libertaba á las ciudades de un yugo que con frecuencia era muy duro; en realidad debilitaba á los Griegos aislándolos, dividía para reinar (2). Empezó por hacer á la ciudad de Mantinea la aplicación más irritante del tratado. Los de Mantinea habían vivido largo tiempo dispersos en poblaciones abiertas; habían sido débiles en su aislamiento, crecían por su unión en poder. Esparta mandó devolver la independencia á cada uno de los pueblos que constituían la ciudad; y habiéndose opuesto á ello los de Mantinea les declaró la guerra. Jenofonte refiere los motivos que los Espartanos hicieron valer; hacen recordar la fábula del lobo y el cordero. «Los Espartanos estaban persuadidos de que los de Mantinea hacían causa común con los enemigos; se habían negado á seguirles, bajo el pretexto de que estaban ligados por una tregua; aún cuando habían tomado parte en la guerra, se habían portado con cobardía; tenían envidia de la prosperidad de los Lacedemonios y se alegraban de sus desgracias» (3). Mantinea fué en gran parte destruida, víctima del odio y de la envidia de Esparta (4).

Los resultados de la independencia de las repúblicas griegas correspondieron á los pérfidos cálculos de los Espartanos. Las

(1) PLUTARCH., *Agesil.*, 23.

(2) WACHSMUTH, *Hellenische Alterthumskunde*, § 32, t. I, p. 259, 261.—NIEBUHR, *Vorträge über alte Geschichte*, t. II, p. 257 y sig.

(3) XENOPH., *Hell.*, v, 2, 1-8.

(4) DIODOR., XV, 5.—PAUSAN., VIII, 8, 9.—MANSO, *Sparta*, t. III, p. 108 y sig.

ciudades, entregadas á sí mismas, fueron desgarradas por las facciones; los oligarcas vendían la libertad de su patria y llamaban en su socorro á los Espartanos. Por este medio se hicieron dueños de gran número de ciudades (1). No retrocedían ante ninguna perfidia para obtener la dominación de la Grecia. El poder de Tébas les hacía sombra; su odio aumentó cuando el partido popular estuvo á punto de vencer. Solicitado por la facción oligárquica, Febidas, general lacedemonio, se apoderó de la ciudadela en plena paz. Hubo un grito de indignación en toda la Grecia. Los enemigos políticos de Agesilao preguntaban llenos de cólera en virtud de qué orden había obrado Febidas. Agesilao no temió tomar abiertamente su partido: «Es menester ver, dice, si el hecho es de alguna utilidad; porque todo lo que es ventajoso para Lacedemonia puede uno hacerlo por su propia iniciativa, aún sin orden para ello» (2).

Nunca había parecido tan fuertemente establecida la dominación de Esparta. El atentado de Tébas fué la señal de su caída. Jenofonte mismo ve en la admirable revolución que siguió una prueba del gobierno providencial de las cosas humanas. Los Espartanos, no vencidos hasta entonces, fueron despojados de su hegemonía por aquellos mismos á quienes oprimían: siete desterrados tebanos bastaron para quitarles el imperio de la Grecia (3). Esparta no recobró su antigua importancia despues de Leuctra. Su hegemonía no tenía más que una razón de existencia, y era el unir á los Griegos para hacerlos fuertes en frente del extranjero, el continuar los grandes designios de Temístocles y de Cimon y el extender la civilización griega por el Oriente. En vez de unir á los Griegos contra los Bárbaros, como correspondía á una ciudad esencialmente guerrera, hizo la paz con los Persas, á expensas de los Griegos del Asia y con el fin de tener un apoyo en los Bárbaros para esclavizar á la Grecia. Jenofonte tiene razón en decir que la caída de Esparta fué una sentencia de la justicia divina. La Grecia aplaudió esta ruina; los historiadores y los filósofos de

(1) DIODOR., XV, 5.

(2) PLUTARCH., *Agesil.*, 23, 24.—DIODORO dice que Febidas obró según las órdenes de Agesilao (XV, 20).

(3) XENOPH., *Hell.*, v, 4, 1.

la antigüedad pronunciaron la condena de Esparta, y la posteridad la ha aprobado (1). ¿Por qué la ciudad de Licurgo desempeña un papel tan indigno de su virtud militar en la gran lucha entre los Helenos y los Persas? Es que pesa una maldición sobre los gobiernos de privilegio, llámense teocracias, aristocracias ó monarquías absolutas. En cuanto los gobiernos tienen un interés propio en la dirección de la sociedad, el egoísmo triunfa necesariamente sobre el deber. No se consideran ya como los órganos del Estado, sino como sus señores; es su patrimonio, y usan y abusan de él como un propietario de sus cosas. Este fué el vicio de la aristocracia lacedemonia. ¿Qué le importaban el honor y la gloria de la Grecia? Si se hubiese sabido conciliar la guerra contra los Bárbaros con su dominación, tal vez la hubieran emprendido los Espartanos, como se dice que lo proyectó Agesilao. Pero desde el momento en que la guerra de Asia amenazaba comprometer su influencia en las ciudades griegas, abandonaron la expedición contra los Persas para volver sus armas contra la democracia, del mismo modo que se desecha un medio cuando no conduce al fin. Cayeron. ¡Gran enseñanza para los partidos políticos! El egoísmo ciega á aquellos á quienes inspira; sus más bellos proyectos se derrumban como un palacio edificado sobre la movediza arena del desierto. No hay más que una política que sea segura al par que gloriosa, y es la del deber y del sacrificio hácia los intereses de la humanidad.

(1) DIODOR., XV, 1.—POLYB., IV, 27, 4-6.—CICER., *De offo.*, II, 7.

## CAPITULO IV.

### LA HEGUEMONÍA DE TÉBAS.

#### § I.—Los Beocios.—Epaminóndas.

Todo el mundo sabe que el nombre de Beocio ha llegado á ser proverbial para designar una inteligencia obtusa. Los antiguos dirigen censuras más graves á los Tebanos; los representan como hombres que no tienen respeto alguno hácia el derecho, y dicen que entre ellos dominaba la fuerza (1). Orgullosos con el vigor de su cuerpo (2), creíanse superiores á los demas Griegos. Demóstenes habla de su estúpido orgullo (3); comparándolos con sus conciudadanos dice que estaban más envanecidos de su política cruel é inicua que los Atenienses de su humanidad y de su justicia (4). No merecen los Beocios todas las acusaciones que los ingeniosos habitantes de Atenas lanzaban sobre sus vecinos. Armonia, hija de Marte y de Vénus (5), la diosa tutelar de Tébas, suavizó la vehemencia de sus pasiones. Miéntras que en toda la Grecia era permitida y casi fomentada por las leyes la exposicion de los niños, en Tébas era castigada con la pena de muerte (6). Solamente

(1) DICAERARCH: θρασεί;—καὶ ὄβριστοὶ καὶ υπερήφανοι πλήκται τε καὶ ἀδιάφοροι πρὸς πάντα ξένον καὶ δημότην. κ. τ. λ.—C. ARISTOT., *Rhet.*, III, 4.

(2) DIODOR., XII, 70; XV, 39.

(3) DEMOSTH., *de Coron.*, § 35, p. 237: ἀναλγησία, βαρύτης; *id.*, § 43, p. 240. ἀνάισθητοι Θεβαῖοι.

(4) DEMOSTH., *C. Lept.*, § 109, p. 490.

(5) PLUTARCH., *Pelop.*, 19.—JAKOBS, *Vermischte Schriften*, t. III, p. 162-164.

(6) AELIAN., V. H., II, 7.